

nuestra alma hasta el supremo tribunal del Eterno, á cuyo pensamiento temblaron aún los Santos, para defender allí la causa de nosotros, pobres pecadores, que sólo ponemos nuestra esperanza en los méritos infinitos de la sangre de Jesucristo, en tu proteccion y en la intercesion de tu amada esposa María. Y ¿qué podrá negarte Jesús, que te reconoció y honró como á su padre putativo, y quiso participases de su mision y de su gloria? ¡Oh! sí, José, intercede por nosotros para que alcancemos la salvacion! Y ruega al mismo tiempo por tu Iglesia, que decretándote mayores honores en nuestros dias, te ha declarado su especial protector y defensor en las terribles batallas que sostiene contra el Infierno: ruega que, apaciguada la tempestad, reine la paz; la paz, que solo puede dar al mundo el reposo y la felicidad que busca, cual es la paz que nace de la luz y de la gracia de Aquel que nos redimió, y que en vano la buscaríamos fuera de este camino: ruega, pues, que nos arrepintamos, y volvamos á las plantas del dulce Jesús, pidiéndole perdon de nuestros enormes extravíos: entónces cesarán las luchas, y bendeciremos el momento de haber vuelto á Él; y así, bienaventurados en su amor en la tierra, suspiraremos por el dia en que podamos verle y estar con Él todos unidos, y eternamente felices en el Cielo. Así SEA.

DIA VEINTE Y OCHO.

MARÍA EN LAS BODAS DE CANÁ.

Tum venit Jesus a Galilea in Jordanem ad Joannem.

Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordan en busca de Juan.

(MAT III, 13.)

Nada hay que apegue tanto al hombre á la vida presente como las riquezas, la gloria, el fausto y los placeres; ni nada que le desapegue de ella con más eficacia, cómo el verse, poco á poco, privado de aquello que lisongea los sentidos, la imaginacion y los afectos del corazon. Ved á Salomon, el más glorioso monarca de la tierra, dotado por Dios de sublime sabiduría (1), y muy venturoso y feliz en la gloria de las empresas y en la prosperidad del reino (2): pues bien, las riquezas que le fueron concedidas, le sedujeron de tal modo, que abandonado finalmente á los placeres de la carne y al pecado, acabó miserablemente sus dias (3). Más desgraciado aún fué el rico Epulon, del cual nos habla el Evangelio (4); y cuantos nadaron en los goces de la prosperidad y de los sentidos, acabaron desgraciadamente: por la mañana empináronse como los cedros del Líbano, y por la noche ya no existian. Por el contrario; contemplad á Job, el cual poseía tambien numerosos rebaños, y era padre de una numerosa y escogida descendencia; no le faltaba nada de cuanto podía desear su corazon; ¿quién sabe si por esto mismo corrió peligro de enorgullecerse? Dios, pues, permitió, que fuese despojado de cuanto poseía; y, además, agobiado de tantas otras desgracias y dolores, que hasta sus

(1) III REG., III.

(2) IBID. X.

(3) III REG. XI.

(4) LUC. XVI.

mismos parientes y amigos le miraron con horror. De esta desgracia ¿le resultó algun daño? No, hermanos míos, muy al contrario: fué entónces que levantando sus ojos al Cielo, conoció la vanidad de todas las cosas de esta tierra; y adorando los terribles, pero saludables consejos de la Providencia, fortificose su corazon en la fé y en la virtud de Dios, llegando de esta manera á ser un héroe de sólida y solemnisima perfeccion. Tal es la economía de la sabiduría divina en el gobierno del mundo, y en procurar la salvacion de sus escogidos. Esa economía debía manifestarse en María de una manera especial; y hé aqui por qué, despues de haber perdido á su esposo José, separose de ella su hijo Jesús, para dar principio á su mision solemne. Este será esta noche el objeto de nuestra atencion. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Por supuesto que María, con la pérdida de su dulce José, habia perdido su principal auxilio y apoyo, que, como mujer, pudiera contar en este mundo. Pero quedábale todavia Jesús, cuyo aspecto y divinas palabras eran el bálsamo que calmaban algun tanto la cruel herida de su corazon. Mas tambien este consuelo iba á faltarle. Jesús, pocos meses despues de la muerte del venerable Patriarca, alcanzó el trigésimo año de su edad, y debía dar principio á la grande obra que le encomendara su Padre celestial: la santificacion del mundo por la predicacion de sus doctrinas, y el esplendor de los milagros, que le mostrarían verdadero Hijo de Dios. Habiendo, pues, pasado como unos veinte y ocho años de retiro en Nazareth, donde era considerado como hijo de José, *putabatur filius Joseph*, despidiéndose de su dulce madre María, se lanzó en medio del pueblo judáico, donde todos los demás Profetas de su nacion habían naufragado, y había Él tambien de naufragar, para levantarse glorioso á la conquista de todas las naciones de la tierra, como lo anunció despues con aquellas palabras: *Cum exaltatus fuero a terra; cuando sea clavado en la cruz, omnia traham ad me ipsum*, alcanzaré el más solemne triunfo. Por más que la Virgen estuviese enterada perfectamente de esta mision suya, no pudo ménos de causarle inmenso dolor aquella separacion. ¡Ah! sí; cuando ya no oyó por la casa el ruido de sus pasos, y se vió sola en aquella habitacion donde habia pasado en su compañía tantas horas de dulcísimo consuelo, me figuro que, segun la costumbre oriental, cubierta con su velo y sentada en el suelo, desahogaría allí su corazon con abundantes lágrimas; por más que, informada como estaba de los divinos misterios que debían cumplirse, le hubiera dado con magnanimidad su pleno consentimiento, puesto que, al fin y al cabo,

por aquel camino corría su Hijo á la gloria de su mision. Del mismo modo debiéramos obrar siempre todos nosotros, cuando nos es preciso sacrificar las tendencias naturales á los severos consejos de la razon, ó al amor divino: porque ¿cómo podrán aprovecharnos esas tendencias, si no las dirigimos al mismo fin para ser un dia felices?

Miéntas tanto Jesús, dando principio á su obra, dirigiose, primeramente, á las orillas del Jordán, donde resonaba una voz que predicaba el bautismo de penitencia. En los lugares más desiertos de la Judea, cerca del Mar Muerto, habia aparecido un hombre extraordinario, que clamaba, diciendo: «Haced penitencia, porque está cerca el reino de Dios.» Traía un vestido de pelos de camello y un cinto de cuero á sus lomos; nunca se habia cortado la barba ni el cabello, conforme al uso de los nazarenos; nunca habia probado vino ni otro licor fermentado; su comida eran langostas y miel silvestre, cosas que aún hoy dia se encuentran en dichos lugares y sirven de alimento á los pobres; bien que algunos creen, que fuera una yerba llamada *langosta* (1). Austera era su vida, austero su rostro, y austera y amenazadora su palabra. Las gentes acudian de todas partes en tropel para oírle; y sorprendidas y aterrorizadas las conducía al Jordán, donde las bautizaba. En muchos pueblos se hacían esas abluciones por motivo de religion; y los mismos Israelitas, que formaban el pueblo de Dios, las practicaban; pero ese hombre queria, que aquella ceremonia fuese señal de una ablucion interior de la conciencia. Trataba de despertar las conciencias aletargadas de los hijos de Israel, excitar el sentimiento de sus culpas, y, á la vez, desarraigar de sus corazones la desmesurada ambicion de poder terrenal, y su persuasion de que eran santos por nacimiento, privilegiados, impecables y eternamente superiores á todo el género humano. Y solo despues de haber confesado sus pecados, y dado señales de penitencia, los bautizaba. Ya habreis comprendido que ese Profeta era el Bautista, el hijo de Elisabeth y de Zacarias, santificado ántes de nacer por Jesús, encerrado todavia en las entrañas de la Virgen María; el cual se le presentó á orillas del Jordán, pidiéndole ser bautizado.

Este es, pues, el momento en que el Hijo de Dios, hecho hombre, el primogénito de la humanidad, como dice San Pablo, sustituye evidentemente al antiguo padre de la misma humanidad, esto es, á Adán, que la habia envilecido, dividido y llevado completamente á la perdicion. En ese instante, Jesús se constituye Padre espiritual de la familia humana, que salvará, rehabilitará y reunirá; y parece que

(1) Pougoulat, *Storia di Jerusalemme*.

á la sazón se hallaba con él su amada madre María (1). Así pues, podemos decir, que allí concluyó el mundo viejo, el mundo de Adán y Eva; y empezó el nuevo, el de Cristo y de la Virgen su Madre. En efecto, en este punto de la historia, tan solo dos personas de todo el linaje humano comparecen dignamente al lado de Cristo: Juan Bautista, como representante, en presencia de Dios, del antiguo sacerdocio de todo el género humano, que cierra y consagra la era antigua; y María, la cual veremos ahora protectora de la edad nueva, poderosísima cerca de su Hijo; quien, á ruego de la misma, obra el primero de sus milagros, y empieza á derramar sobre el género humano el infinito tesoro de su amor y de sus bendiciones. ¡Oh María! si el dolor que experimentaste por la separación de tu Jesús oprimió nuestro corazón, en cambio, le regocija el que entres ahora en acción con Él; en aquella acción que mantendrás eficazísima sobre toda la Iglesia, hasta la consumación de los siglos. ¡Ah! sí; nuestro corazón se regocija por ello, y quisiéramos poderte expresar todo el amor y reconocimiento de que está poseído. Ahora comprendemos por qué Dios, movido á piedad de nuestros infortunios, te hizo tan sublime y santa. Desde toda la eternidad, miró en Ti, sublimemente santa, á nosotros pervertidos y deformes; y en Ti, santa y digna de todo amor, mediante el cual habías de dar vida en tus entrañas á su divino Verbo, nos amó á nosotros, indignos de ser amados; puesto que, rebelándose toda la humanidad contra Él, se había perdido miserablemente para siempre. Hermanos míos, inclinémonos ante la grandeza de esa incomparable Mujer, honrémosla como se merece, y exigen el reconocimiento y la gratitud. Con ella, Madre del Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvación, empieza el mundo nuevo; el mundo del amor y de la gracia, al cual tenemos la suerte de pertenecer.

Y hémos aquí en las célebres bodas de Caná. Caná, pequeña ciudad de la baja Galilea, en la tribu de Zabulon, está situada en la pendiente de una colina al septentrion de Jerusalem; la limita un valle por la parte de Mediodía, y al Occidente está cercada de montes. María fué la primera que llegó á la casa designada; y luego Jesús, con cinco de sus discípulos, de vuelta del desierto, donde se había internado despues de haber recibido el bautismo de Juan, asistió igualmente al convite, al que había sido invitado, ordenándolo así Dios para la revelación de altísimos misterios. La presencia de Jesús con su Madre á una fiesta de bodas conciliábale reverencia; y siendo aquella la sociedad elemental y ejemplar, de la cual y sobre la cual se com-

(1) Trombelli: *B. M. V. vita cultusque*, etc.

pone y se modela la gran sociedad, el Salvador quiso santificar con su presencia los primeros fundamentos de esta sociedad, y nos dió á entender, que sin tal santificación, nada bueno puede resultar de ella. Pero estas bodas estaban ordenadas de un modo especial para revelar la futura grandeza y poder de la Virgen sobre la Iglesia. El país era habitado por gente pobre; y no debían ser muy ricos los esposos, por cuanto á mitad del convite ya faltó el vino. Entónces fué cuando María vuelta á su Hijo, le dijo: «No tienen vino (1).» Esta solicitud de la futura Madre de los hombres para que los huéspedes del banquete no tuvieran que sufrir un bochorno, en verdad conmueve dulcemente el corazón, y nos demuestra al mismo tiempo, la fé perfecta que Ella tenía y su infinita confianza en la bondad de su Hijo, verdadero Hijo de Dios: porque á no haber sido omnipotente, ¿de qué habrían servido aquellas palabras: «No tienen vino?» Por lo tanto, desde aquel día, todos los que creemos en Jesucristo, podemos con razón acudir á María para obtener cuantas gracias necesitemos, por insignificantes que parezcan. ¡Qué revelación tan consoladora para nosotros! Tenemos, pues, hermanos míos, una Madre omnipotente cerca de su Hijo, que conoce todas nuestras necesidades, y cuyo corazón está impaciente para satisfacerlas. ¡Ah! ¿dónde hallaremos una Religión más bella, más amable y consoladora que la de Jesucristo? Pero nosotros no fijamos la atención en ello; no reparamos en escarnecerla é insultarla, porque no la conocemos.

La respuesta de Jesús á su Madre nos descubre de una manera sublime, la altísima dignidad de la misma, y, juntamente, la constitución interior del cristianismo. «Mujer; ¿qué nos va á mí y á tí? respondióle Jesús: aún no es llegada mi hora.» Austera parece la respuesta, hermanos míos, pero no lo es, puesto que no le niega la gracia pedida, como habreis notado, sino que quiere dar á conocer á los circunstantes, que además de la naturaleza que, naciendo, había recibido de la Madre, había en El otra superior, y en virtud de esta naturaleza, la divina obraría el prodigio, que voy á referir. Las palabras: todavía no ha llegado mi hora, segun San Juan Crisóstomo, significan: Todavía éstos no me conocen: ahora me daré á conocer; esto es, ha llegado la hora de manifestar quién soy yo; y Tú serás escuchada. Y en efecto, María comprendió bien que este era el sentido de las palabras de su Hijo, pues, dirigiéndose al punto á los criados que servían en la mesa, les dijo: «Haced cuanto Él os diga:» tan segura estaba Ella del milagro. ¡Oh misterio dulcísimo el que

(1) JOAN. II.

en este hecho evangélico se nos reveló! una bondad infinita en Jesús, pronto á hacer milagros siempre que lo reclame nuestro bien, y un poder prodigioso en María para disponer de su Hijo en provecho nuestro: poder unido á un amor igual, como lo demostró compadeciéndose de los convidados, así que advirtió que faltaba el vino necesario para la fiesta. ¡Oh! dichosos nosotros, hermanos míos, si supiéramos comprender este dulce misterio, y si con viva fé y corazón amoroso lo aprovechásemos para nuestra santificación y el consuelo de todas nuestras amarguras!

Si se pretende, como lo hacen algunos Padres y Doctores, que con estas palabras, «aún no es llegada mi hora,» quiso Jesús dar á entender, que en la distribución de las gracias no dependía de nadie; en este caso, nos enseñarían el modo que debemos observar en pedirselas, es decir, sometiendo siempre nuestra voluntad á la de Dios. Es esta una verdad que quisiera la comprendiesen bien especialmente aquellos que siempre se quejan de la Providencia, porque al punto no se ven atendidos en sus necesidades. ¿Qué sabemos nosotros de lo que atañe á nuestro bien? Con frecuencia, si fuéramos oídos á satisfacción nuestra, labraríamos nuestra ruina. Ya sé que esta doctrina no satisface á nuestro amor propio, que quisiera ver cumplidos todos sus deseos; como tampoco es del agrado de los sábios del mundo, que ignoran los senderos de la Providencia respecto de los misterios de la gracia en la obra de la santificación de las almas; pero la verdadera sabiduría consiste, quierase ó no, en pedir siempre de conformidad á la voluntad divina; y quien así no lo practicare, no alcanzará nunca la verdadera felicidad. «Haced lo que Él os dirá,» dijo la Virgen á los criados del banquete: con cuyas palabras nos enseñó, que en todas las cosas debemos abandonarnos á la voluntad divina; pedir humilde y confiadamente cuanto necesitemos, y luego resignarnos á lo que plazca disponer á su infinita sabiduría y bondad, que será siempre para nuestro bien. Como aconteció puntualmente en las bodas de Caná, donde Jesús mandó llenar de agua seis hidrias de piedra, sacar luego de ellas con algun vaso, y llevarla á la mesa; el agua se había convertido en excelente vino. Manó el vino de aquel mismo poder que hizo la primera semilla de la uva, de cuya semilla nace la vid, y de ésta el racimo que produce el vino. Este fué el primer milagro con que Jesús manifestó su gloria de Hijo de Dios, y por el cual los convidados, y entre otros los cinco discípulos que le acompañaban, reconocieron en Él la mano del Dios criador, y creyeron más en Él, como dice San Juan, el cual narra minuciosamente el hecho. No olvidemos, empero, que este primer milagro lo obró y quiso obrarlo

por intercesión de su divina Madre; por consiguiente, puede decirse, en cierto sentido, que estas primicias de los que creyeron en su hijo Jesús fueron fruto de su oración y de su amor: hecho que basta por sí solo, repito, para que todos los que creemos en Él, tengamos motivo de recurrir á María para alcanzar todas las gracias que necesitemos, aún para las cosas más insignificantes; y que nos da á comprender, que María ocupa el primer trono en el Cielo y en la tierra, después de su hijo Jesucristo.

¡Oh María! si tal y tanta fué tu compasión para con los pobres hijos de Adán cuando vivías todavía en este mundo, y tan poderosa tu intercesión cerca de tu hijo Jesucristo, que conseguiste de Él el primero de los milagros con que manifestó su naturaleza divina; ¿qué no podremos esperar de tu poderosa intercesión, ahora, que elevada sobre todos los coros de los Angeles y de los Santos, estás sentada allí gloriosa Reina del universo? ¡Oh! sí, Tú lo puedes todo, María, constituida por Dios amorosa dispensadora de todas sus misericordias! Y no solo muévete á compasión nuestras penas y miserias, sino que al vernos tristes y afligidos, previenes nuestras súplicas. Tú velas en el lecho de los enfermos, y con tu dulce y poderosa intercesión mitigas y aún sanas sus dolores; y, lo que todavía es más, obtienes de Dios, que desciendan sobre sus almas gracias que las conviertan, las llenen de esperanza y las alcancen el perdón. En una palabra, todo el mundo cristiano celebra ¡oh Madre piadosa y divina! las gracias y los favores que por tus súplicas dispensa y obra la omnipotencia divina. ¡Oh Virgen llena de amor! sé Tú nuestra protectora, del mismo modo que eres la esperanza que nos mueve á invocarte para nuestra salvación. ¡Oh María, Madre nuestra! ruega, ruega á tu Hijo, que nos consuele en nuestros afanes y tribulaciones, y, además de consolarnos, nos convierta y nos salve. Así SEA.

DIA VEINTE Y NUEVE.

MARÍA EN LAS PREDICACIONES DE JESÚS.

*Trahe me: post te curremus in odorem
unquentorum tuorum.*

Atráeme tú en pos de ti; correremos al
olor de tus aromas.

(CANT. I, 3.)

¿Habeis visto alguna vez esa inmensa llanura de aguas que llamamos mar? Ningun espectáculo de la naturaleza se nos presenta tan bello y sublime como su contemplacion: diríais que es la obra maestra de la omnipotencia divina. Y ese mar, plácido como el aura de la mañana, ora encrespando ligeramente su superficie se parece á un anciano que desea recrearse con sus hijos; ora profundamente revuelto se nos presenta como un enorme gigante que amenaza destruir el universo. Colocad en medio de esta inmensa llanura de aguas una navecilla que lo surque. Al principio, impelida por manso venticillo, avanza tan ágil y ligera, que su velocidad causa admiracion; luego, empezando á levantarse las aguas, ondea por un lado, y por otro con mucho trabajo se eleva sobre las olas, hasta que, oscureciéndose súbitamente el cielo, y soplando furiosos vientos, que convierten aquella llanura en un espantoso abismo, la desgraciada navecilla desaparece, dejándoos desgarrado el corazon. Tal, hermanos míos, fué la vida pública de Jesucristo, despues de haber dado principio á la solemne mision que su Padre le encomendára, y durante la cual le siguió su amorosa Madre María, que le estaba asociada. La vida pública de Jesús, que duró tres años, puede dividirse en tres partes. La primera no alcanzó á un año; y podemos decir, que en este tiempo surcó la sociedad judáica como atravesando un mar tranquilo, cuyas aguas dejan libre el paso sin conmoverse; y encrespándose, tan solo dejan una luminosa estela que sigue su paso. Ya hemos visto sus primeras huellas en las

bodas de Caná. Luego viene el tiempo de las rudas pruebas, que duran más de un año. Finalmente, viene la guerra declarada, que concluye con su muerte. Por lo tanto, despues de haber visto á la Virgen en el primer período, conviene seguirla en medio de las luchas que su Hijo empieza á sostener y sostendrá con la dignidad de Mesías, hasta que se haya cumplido el gran prodigio de la Redencion. Esto quiere decir, que el mar empieza á conmoverse, y la navecilla á ser combatida, hasta tanto que la tempestad desencadene todo su furor; y Élla con su Jesús será víctima; pero lo será para mostrarnos otro milagro, es decir, su final triunfo. Lo vereis despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Tarea harto prolija sería referir la historia, ó seguir todos los pasos de Jesús en los dos últimos años de su vida. Por otra parte, ¿quién ignora los principales pasos de esa vida de contrariedades, de fatigas, de milagros y de beneficencia, que mostraban tan claramente ser Aquel que había de venir para salvar al mundo? Claro está, que ora interpretase las divinas Escrituras, ora declarase los misterios de la vida eterna, ú obrase de cualquier modo, admirábase en Él una sabiduría, una virtud y un poder totalmente divinos. Sí; desde el principio se da solemnemente á conocer como el Mesías que habla y obra con autoridad divina; que manda á los hombres y á la naturaleza; y concede gracias, obra milagros y hace revelaciones (1). Do quiera que vaya, acude de todas partes una multitud inmensa á escuchar sus palabras, á admirar su dulzura y majestad y recibir los consejos y decretos del Cielo acerca de la suerte que espera á la familia humana: y los milagros nunca vistos que obra, llenan á todos de admiracion; por cuyo motivo trataron, como dice el Evangelio, de proclamarle rey: y todos daban gracias á Dios, de que, por fin, se hubiera dignado visitar á su pueblo. Tan extraordinaria era la fama que se había esparcido de Él por todas partes, que hasta de Tiro, de Sidon, de la Idumea y de las remotas regiones de la Arabia, acudían turbas inmensas para verle y oírle; y á su paso, todos se postraban con reverencia, empujándose luego para poder besar la orla de su túnica y ser bendecidos por Él (2). ¡Dichosas serían las naciones, si, sencillas y devotas, viviesen en la dichosa ignorancia de los misterios de la impiedad, que las corrompe y lleva á la ruina! De fijo no se daría el espectáculo de tantas miserias y desventuras, en que, extrañadas del recto camino de la justicia, se revuelven con frecuencia

(1) EVANGEL. *passim*.

(2) LUC. XI, 15.